

Los atractivos y los peligros de la retórica extremista

AMY GUTMAN

Miembro de la Academia Americana desde 1997. Rector de la Universidad de Pennsylvania y profesor de ciencia política en la Escuela de Artes y Ciencias.

En la democracia la controversia es saludable.¹ Asuntos complejos, de la importancia de la inmigración, el cuidado de la salud, las intervenciones militares, los impuestos y la educación se prestan rara vez a soluciones simples consensuales. Se sirve bien al interés público con un fuerte argumento, pero los desacuerdos pueden desviarse y distorsionarse tanto con la retórica extremista, como con el fallo de los ciudadanos y los funcionarios públicos en comprometerse entre ellos razonable o respetuosamente en relación con asuntos de gran importancia. El debate degenera bloqueando los compromisos constructivos que beneficiarían más a todas las partes que el estado en el que estén las cosas. Como muchos académicos, los ciudadanos estadounidenses actuales distinguen entre lo que está ligado a un discurso empobrecido y que crea división, que contamina nuestra política y nuestra cultura, y lo que está ligado con la capacidad reducida del sistema político estadounidense de tratar con inteligencia –ya no digamos de resolver– nuestros problemas más desafiantes, que van del cuidado de la salud al calentamiento global; de la educación pública a la seguridad social; del terrorismo a la mermada ventaja competitiva de este país en la economía global.

Para entender la naturaleza de esta conexión entre la retórica extremista y la parálisis política, empecemos con un ejemplo de retórica extremista en los programas de televisión, donde incluso este discurso es más común y menos controversial que en la política. Muchos estadounidenses de alrededor de cuarenta años recordarán el segmento “Point/Counterpoint” del programa *60 Minutes*, en

el que se oponían la liberal Shana Alexander y el conservador James J. Kilpatrick. Recordarán la parodia de este segmento que se hacía en el programa *Saturday Night Live*, en la que Dan Ackroyd recurría a demostrar con pirotecnia verbal cómo lograba abordar un solo punto, mientras ignoraba a Jane Curtin como si fuera una “puta ignorante”.

Claro que Jane y Dan no pretendían con ello servir al interés público o respetarse mutuamente, pues de ser así no hubieran estado en *SNL*, un entretenimiento, como ellos dicen. Porque cuando la retórica extremista es intencionalmente tan peregrina, puede convertirse en una gran diversión. Pero cuando es políticamente real, la retórica extremista está muy lejos de ser beneficiosa para el discurso democrático: hace que se menosprecien los oponentes, estrecha mucho el entendimiento del asunto que se está tratando y clausura el compromiso.

Como todos lo hemos experimentado intensamente, la retórica extremista se ha cruzado en el camino de la controversia democrática en EU. Domina la televisión de cable (en la radio es incluso más extrema). Los asuntos públicos que se discuten son complejos e importantes pero se arroja muy poca luz sobre ellos. Lo entretenido es un combate que demuestra muy pocas habilidades.

La retórica extremista sería tiene dos rasgos que la definen. Primero, tender a obsesionarse con cualquier tema. Segundo, expresar pasionalmente una certeza sobre la supremacía de la propia perspectiva sin someterse uno mismo a una prueba razonable de verdad o a un debate público racional.

Naturalmente, la retórica extremista tiene grados. Imponer una certeza obsesiva únicamente en un asunto complejo es extremista, pero no tanto como ser obsesivo con cada tema. De la misma manera, la certeza que cada quien le da a un argumento debe ser impermeable a la evidencia y a la discusión. La retórica extremista viene también en variedades seculares y religiosas.

Al hacer distinciones en nuestro análisis, debemos también diferenciar la retórica extremista de la mera retórica extrema. La retórica extremista se refiere a la expresión de la certeza obsesiva de los verdaderos creyentes en su ideología. La extrema retórica es frecuentemente difícil de distinguir de la retórica extremista porque toma su lenguaje del mismo libro de juegos retóricos, pero quienes pronuncian las palabras no están suscritos a una ideología extrema.²

¿Entonces por qué los no extremistas llegan a los extremos retóricos y suenan como verdaderos creyentes? Porque pueden ganar al menos una ventaja táctica a corto plazo al sonar extremos. Las afirmaciones escandalosas e inflamatorias son más fáciles de captar y, frecuentemente, hablar en tono extremo surte mayor efecto que hacerlo en tono moderado. Los políticos pueden utilizar de una manera calculada una retórica extrema para capturar la atención del público, para reunir el apoyo de grupos de interés que poseen un valor singular y para movilizar a los votantes.

Para el propósito de nuestro análisis, reunamos la retórica extrema y la retórica extremista bajo la misma etiqueta de retórica extremista y consideremos las tres cuestiones más sobresalientes sobre esta retórica en la controversia democrática.

Primero, ¿qué la hace, después de todo, tan encantadora? Segundo, ¿cómo puede poner en peligro el discurso democrático, independientemente de las protecciones constitucionales de la libre expresión que la autorizan? Tercero, ¿hay de verdad una manera potencialmente eficaz de responder al predominio de la retórica extremista en nuestra cultura política, que no sea tratar de oponer un extremismo a otro?

¿Cuál es el atractivo de la retórica extremista en la controversia democrática? Finalmente, la mayoría de los ciudadanos no son extremistas.

Parte del atractivo radica en el hecho de que es más fácil creer apasionadamente en un valor o una causa sin considerar las sutilezas, los argumentos razonados, la evidencia probabilística, la teoría y el hecho comprobados científicamente. Las expresiones de visiones obsesivas para resolver los problemas y cambiar la sociedad, pueden provocar complejidad e incertidumbre, frustración y arrepentimiento, pueden hacer que todo parezca evaporarse. Otra parte del atractivo es que tener acompañantes en lo que se defiende es reconfortante.

Si la retórica extremista tiene un atractivo particular, al menos en su realidad, ¿qué es lo que podría estar mal en el predominio abrumador de la retórica extremista en el discurso democrático? Después de todo, los extremistas tienen el derecho constitucional de hablar en lenguaje extremista mientras no amenacen directamente a la demás gente. Nuestra respuesta a la pregunta de qué está

mal con la retórica extremista es esencial para entender por qué su predominio pone en peligro el interés público al que sirve la democracia, y por qué muchos ciudadanos demócratas, aunque puedan sentirse atraídos inicialmente por algunas formas de retórica extremista, la encuentren, con

el tiempo, cada vez más problemática.

Yendo tan lejos en el pasado como a la filosofía política de Aristóteles, la retórica política se empleaba al servicio de una persuasión razonable en relación con asuntos de justicia o del bien público. Aristóteles sostenía que la “tarea adecuada” de la retórica era hacer regresar a la lógica, a la verdad y a la evidencia de un argumento. La razón tendría que enmarcar la meta que persiguiera un buen político. Lo opuesto a un argumento democrático sólido es la demagogia: la manipulación y el engaño con el propósito de dividir y conquistar al pueblo democrático. La retórica es una táctica común de demagogia: dividir para conquistar.

La movilización de lo básico en uno y exaltar las pasiones de la gente son partes naturales de la política democrática. Aristóteles reconocía a la retórica entre nuestros mejores atributos, junto con nuestras pasiones, además de nuestro carácter y razón. El problema con la retórica extremista es que moviliza lo básico desdeñando la razón y

poniendo en juego exclusivamente las pasiones antagónicas de falta de respeto y menosprecio de los adversarios que argumentan. La retórica extremista va erosionando insidiosamente la promesa democrática de movilizar a los ciudadanos sobre la base de algún entendimiento razonable de sus intereses y del interés del público.

La retórica extrema tiene el mismo efecto que la extremista porque se expresa de la misma manera. Es extrema simplemente en el propósito de acaparar la atención y movilizar a la base. Aunque no debemos preocuparnos de que la retórica extrema refleje una peligrosa ideología subyacente, deberíamos preocuparnos de que es innecesariamente irrespetuosa con sus adversarios a la hora de argumentar.

A diferencia de la retórica extremista, la retórica extrema es casi siempre engañosa o algo peor: ignora y desvaloriza descaradamente las verdaderas búsquedas de acuerdos sobre las que los ciudadanos en una democracia pueden hacerse juicios informados. También erosiona un valor básico de la política representativa. Cuando los políticos utilizan una retórica extrema para movilizar a su base en una arrogante desconsideración de la gran mayoría, hacen evidente la voz moderada del centro en el gobierno.

El problema para una democracia representativa, por lo tanto, es que mucha gente que no es manipuladora fanática de una ideología, utiliza la retórica extrema para sus fines políticos de falta de respeto mutuo –al mismo tiempo como fanáticos de todo tipo de ideologías, invierten insidiosamente el espíritu de compromiso de la democracia mediante su uso del extremismo retórico. Como gran parte de la democracia representativa depende de los votos y el apoyo de los ciudadanos que los políticos ganan para gobernar en nuestro nombre, lo que los políticos digan importa demasiado.

Ejemplos de polarización de la retórica política abundan en la historia de Estados Unidos; lo que no quiere decir que EU nunca haya gozado de una “época dorada” debida al extremismo retórico.³

En la convención republicana de 1992 por ejemplo, Pat Buchanan lanzó una diatriba contra los defensores del derecho al aborto, contra los derechos de las mujeres, de los homosexuales, y contra la separación de la iglesia y el Estado:

“Amigos míos... en nuestro país está habiendo una guerra religiosa por el alma de EU. Es una guerra cultural, muy grave para el tipo de nación que seremos algún día, como lo fue la propia guerra fría”.⁴ La sola descripción del desacuerdo sobre la política pública como una “guerra” empuja tanto a los extremistas como a los moderados, a posiciones más extremas que minan la oportunidad de una discusión racional y un compromiso respetuoso.

Esta tendencia a polarizar no está de ninguna manera reservada sólo a la derecha o al Partido Republicano. Muchos demócratas sureños desataron virulentas variedades de retórica extremista para incitar a la resistencia contra los derechos civiles para los negros estadounidenses. Durante su discurso inaugural en enero de 1963, el gobernador de Alabama, George Wallace, describió su estado como “esta cuna de la Confederación, el mero corazón del Gran Sur anglosajón” y declaró: “En el

nombre de la gente más grande que haya pisado esta tierra, dibujo una línea en el polvo y lanzo el guante antes del pie de la tiranía... y digo... segregación ahora... segregación mañana... segregación para siempre.”⁵

En el clima tan cargado de la política estadounidense después del 11 de septiembre, en la retórica política extremista ha aumentado el abuso verbal. El presidente George W. Bush y su administración han sido comparados con frecuencia con Hitler y los nazis. Uno de los ejemplos más infames es un anuncio televisivo producido por MoveOn.org, que salió al aire durante la campaña de 2004. El anuncio empieza con imágenes de Hitler y del poderío militar alemán durante la segunda guerra mundial y grabaciones de Hitler hablando. Al final del anuncio hay una foto de Bush levantando la mano para tomar el juramento del oficial que comparece, acompañada de la siguiente afirmación: “Una nación tramada de mentiras. Mentiras que incitan al miedo. Miedo que incita a la agresión. Invasión. Ocupación. Lo que fueron crímenes de guerra en 1945, es la política exterior de 2003”.*

En la derecha, algunos funcionarios casi dijeron abiertamente que la oposición a la guerra de Irak y las críticas a la política exterior del presidente Bush

equivalían a traición. En vista de que el reglamento de la Suprema Corte rechazó el argumento de la administración de Bush de que se podían establecer tribunales militares sin la autorización del Congreso, el líder republicano de la mayoría en el Congreso, John Bohener, dijo: “Querría saber si (los demócratas) están más interesados en proteger a los terroristas que en proteger a la gente.” Durante un debate del Congreso sobre la guerra de Irak, la congresista republicana Jean Schmidt transmitió este mensaje de parte de Jack Murtha, representante demócrata del estado de Ohio, un *marine* del cuerpo de veteranos y uno de los principales defensores de la reorganización del ejército: “Los cobardes se achican y huyen, los *marines* nunca.”

La retórica extremista no sólo domina los partidos políticos. Aquí hay un ejemplo reciente de retórica política extremista proveniente de un terreno ajeno a la política profesional: “Ésta es la Jihad, cuate. No hay testigos inocentes porque en estas horas desesperadas, los testigos no son inocentes. Ensancharemos el escenario del conflicto”.⁶ Estas afirmaciones podrían haber estado en boca de los terroristas islámicos que asesinaron a Daniel Pearl. De hecho, quien las hizo, Mike Roselle, es un extremista ambientalista. Su retórica clama por una guerra basada en la “culpa” —la irreductible culpa— en nombre del valor supremo de la conservación del ambiente.

La retórica extrema y la extremista tienden a dividir, a menospreciar y a engañar a los ciudadanos democráticos. Para ponerlo en una metáfora que por serlo no es imprecisa: esta retórica es comida chatarra para el organismo político. Bloquea las principales arterias que nutren la democracia constitucional y el inevitablemente imperfecto empeño de servir al pueblo en asuntos sobresalientes: respeto mutuo y defensa del compromiso moral pese a las diferencias.

El creciente predominio del extremismo retórico plantea no sólo un dilema moral sino también un gran dilema práctico sobre cómo moderarlo, pues gran parte de esta retórica extremista no se plantea “un claro y actual peligro” para nuestra democracia. Además, al divertir a tantos, la retórica extremista no amenaza directamente la vida de nadie, la propiedad o el bienestar. Su valor como entre-

tenimiento puede, por lo tanto, hundirnos en la negligencia e incluso ignorar sus peligros.

Y como lo he señalado fuera de aquí, no toda la retórica extrema o extremista es necesariamente mala para la democracia. En realidad, algunos momentos de peligro pueden requerir una dosis saludable de retórica extremista. Por ejemplo, nosotros aplaudimos a aquellos que enfrentaron la esclavitud antes de la guerra civil, demandando su abolición con certeza y obsesión en el tema, y que defendían la libertad como valor supremo.

Pero también debemos recordar que la certeza apasionada al servicio de una causa justa suprema, no es suficiente. En *Team of rivals: The political genius of Abraham Lincoln*, Doris Kearns Goodwin relata cómo el secretario de Estado William Seward, con su dura línea retórica de aquel entonces, cedió, por la capacidad que tenía Abraham Lincoln gracias a su retórica bien templada, a formar una coalición para detener la difusión de la esclavitud y finalmente terminar con ella.⁷

Incluso en una buena causa suprema —y la abolición de la esclavitud realmente lo es— la retórica extremista tiende a apelar ante una base ya convencida de antemano. Se excluye a todos aquellos que podrían hacer una coalición política más moderada y con más posibilidad de ganar. Cuando la vida y las libertades de mucha gente están en riesgo, estar en lo correcto no es suficiente. Ser eficaz políticamente es también esencial desde el punto de vista moral.

Cuando el senador por Arizona, Barry Goldwater, se preparó a aceptar ser nominado por los republicanos como candidato a presidente en 1964, se volvió el blanco de muchos ataques de los republicanos moderados, quienes lo acusaban de que sus puntos de vista eran peligrosamente extremos. Goldwater enfrentó directamente estos ataques en su famoso discurso de aceptación ante la Convención Nacional Republicana. “Les recordaría a ustedes —dijo— que el extremismo en defensa de la libertad no es un vicio. Y déjenme recordarles también que la moderación en la persecución de la justicia, no es una virtud.”⁸

Estas palabras de Goldwater son una de las defensas más fuertes del extremismo retórico —y de la acción— en los anales de la política estadounidense. Él estaba en lo correcto en que la retórica

extremista para una sola y valiosa causa –como la libertad– puede ser una gran virtud, dependiendo del contexto y de su capacidad de movilizar a la mayoría por una causa justa. Pero Goldwater falló en reconocer que, incluso en una buena causa, ese extremismo retórico puede ser peligroso.

¿Por qué los estadounidenses deben ser cautelosos ante la retórica extremista, incluso en una buena causa? Primero, porque por su propia naturaleza, la retórica extremista excluye la consideración de otros valores importantes. La libertad no es el único valor importante para la democracia estadounidense. La educación, el cuidado de la salud y las oportunidades, por ejemplo, también importan y en realidad son esenciales para el bienestar de la mayoría de los estadounidenses.

Una segunda preocupación sobre la retórica extremista, incluso en una buena causa, es que condena sin más a quienes se atreven a estar en desacuerdo con ella. De ningún valor aislado, incluso de la libertad, se puede decir con seguridad que sea una “solución total” a los problemas que afligen al género humano; por lo tanto, aquellos que estén en desacuerdo no deben ser desdeñados de inmediato –ni negado el respeto que merecen sus puntos de vista– simplemente a través de la retórica empleada en una causa loable.

La defensa de la justicia es, por mucho, más resistente a la retórica extremista porque la justicia es un valor moral de máxima categoría que incluye a otros. Bajo este concepto se incluyen: la libertad, el laicismo, la igualdad de oportunidades y el respeto entre las personas. La apasionada defensa de la justicia puede ser, por lo tanto, un punto de unión para los no extremistas que quieren hacer la diferencia en la cuestión pública.

En resumen, los peligros significativos que la retórica extremista plantea ahora a la democracia constitucional son:

- Que hace a un lado los valores de competencia que son básicos en una democracia constitucional. Ninguna libertad sin seguridad y oportunidad, ni ninguna seguridad y oportunidad sin libertad son opciones sensatas.
- Que veta las conversaciones importantes que ofrezcan evidencias relevantes y argumentos que puedan mejorar las decisiones públicas.

- Que denigra y degrada y no respeta a quienes se atreven a diferir. Los que proponen el derecho a abortar se convierten en “asesinos de bebés”. Quienes están contra el aborto se convierten en el “ala de los locos religiosos”.
- Rebaja la inteligencia de los seguidores de los excesos retóricos. Los que llaman al programa de radio de Rush Limbaugh son conocidos como “cabezas ídem” porque forman un coro que dice amén a toda la retórica extremista de Limbaugh.

Otro problema con la retórica extremista, desde la perspectiva democrática de perseguir el interés público, proviene de la debilidad psicológica llamada arrogancia. Incluso reconociendo que algunos extremistas están en lo correcto, debemos todavía reconocer que la gran mayoría de las personas que buscan el poder público y la influencia, tiende a creer sin ninguna garantía –sólo con la certeza subjetiva– que está totalmente en lo correcto. Por lo tanto, denigra y desprecia inexcusablemente a muchas personas razonables y respetables que están en desacuerdo con ella. Las secuelas de la intervención de EU en Irak ilustran dolorosamente los problemas de una política donde los funcionarios públicos y quienes los apoyaron, fallaron en tomar en cuenta los hechos y también se redujeron a considerar sólo un lado de la discusión.

La evaluación de los peligros de la retórica extremista nos conduce a una tercera pregunta final: ¿cuál es nuestro remedio más sensato para defender los valores plurales de la democracia constitucional? El remedio más duradero es relacionarse cercanamente con el hecho de que la mayoría de los ciudadanos demócratas no son por sí mismos extremistas. Las encuestas más confiables y estudios académicos han encontrado de manera consistente un electorado mucho más plural y de mente abierta, que el público requerido por la retórica extremista en la televisión por cable, en la radio y entre muchas elites políticas.⁹

El remedio nos ayuda a considerar lo que se podría llamar mejor, furor retórico: el fenómeno de que una forma de extremismo retórico da lugar a otra, una retórica extremista contraria. Aquí hay un ejemplo que ilustra cuánto se ha difundido el

furor retórico —en este caso hacia los científicos—, en un país cuyos ciudadanos son abrumadoramente moderados y razonables. El creacionismo es frecuentemente comunicado en términos extremistas como parte de un plan divino que todo lo abarca, y como algo impermeable a la montaña de evidencias que refutan sus afirmaciones, para hacer una teoría científica que desaprueba la teoría de la evolución.

Recientemente, en respuesta al creacionismo, ha surgido una forma opuesta de extremismo —que se llama a sí misma ciencia, pero realmente es científicismo— y ha ganado seguidores.

El científicismo expresa una certeza igual y opuesta —que también desafía a la razón— de que todo el entendimiento humano se deriva del valor racional que lo abarca todo de la investigación científica. El científicismo trata a la religión y a los creyentes con abierto desprecio. Richard Dawkins, por ejemplo, afirma que “la fe es uno de los grandes demonios del mundo”.¹⁰ Sam Harris y Christopher Hitchens acusan a todas las religiones organizadas de incitar al odio y de apoyar la propensión humana a la crueldad y el asesinato. Con una furia singular, todos ellos conducen el discurso democrático por un ciclo de falta de respeto a los otros y de denigración. Intercambiar un tipo de extremismo por otro —creacionismo por científicismo— no es presagio de algo bueno para una política pública informada.

Peor que la furia retórica son las respuestas políticas extremas a la retórica extremista. El Parlamento francés, por ejemplo, adoptó una ley en 2006 que convierte en un crimen negar el genocidio de los armenios a manos de los turcos. Ésta es una reacción extrema al extremismo.

La esperanza más razonable para contener la demagogia es el atractivo democrático de un pluralismo comprometido moralmente. La gran mayoría de los ciudadanos estadounidenses se dan cuenta de que tienen una gran variedad de intereses, ideales y preferencias. Y ellos están más satisfechos cuando la política democrática atiende esos intereses, ideales y preferencias.

¿Cómo puede la democracia estadounidense obtener mayores ventajas del atractivo de un pluralismo comprometido moralmente? Los ciu-

dadanos bien educados pueden practicar lo que Dennis Thompson y yo describimos como “una economía del desacuerdo moral”. Cuando discutimos sobre temas controvertidos, debemos defender vigorosamente nuestros puntos de vista y, a la vez, expresar respeto por nuestros adversarios. Hacemos esto no rechazando todo lo que ellos sostienen. Por ejemplo, la controversia sobre el creacionismo. Puedo defender incondicionalmente la evolución como una teoría científica, contra el creacionismo, pero a la vez reconocer que la ciencia no tiene las respuestas a muchas de las grandes preguntas cosmológicas hacia las que apunta la religión.

No se perderá nada con eso y se ganará mucho. Al practicar “una economía del desacuerdo moral” se provoca respeto entre los puntos de vista que compiten y se hace espacio para el compromiso moral. Ninguna democracia puede funcionar —no digamos florecer— sin un compromiso moral sobre las diferencias razonables.

¿Puede ser el pluralismo comprometido moralmente una estrategia retórica eficaz? La esperanza razonable de que lo sea radica en el hecho de que la mayoría de los ciudadanos demócratas no son extremistas. Y respetar una multiplicidad de puntos de vista trae beneficios a

más largo plazo que jugar solamente con una base política estrecha.

Sin embargo, la moral que compromete a los pluralistas no debe dejar todas las emociones en la puerta. “La racionalidad es una liga entre las personas —observó el filósofo Stuart Hampshire— pero no es una liga muy poderosa, y puede fallar como nexo cuando hay fuertes pasiones en los dos lados del conflicto.” La sola racionalidad puede fallar como liga, pero los pluralistas comprometidos moralmente tienen todas las razones para ser apasionados y racionales en su retórica. La moral que se empeña en perseguir el interés público no puede ser más alta; la vida, la libertad, la oportunidad y el respeto mutuo son la sangre vital de una democracia floreciente. Para que el pluralismo moralmente comprometido sea eficaz, debemos ser apasionados además de razonables en nuestra retórica. La pasión apoyada por la razón eleva el debate democrático, pero también lo hace más atractivo y eficaz.

En la búsqueda de los antídotos contra el extremismo no hay, por tanto, ningún sustituto mejor que una educación democrática para las controversias y debates fuertes, razonados y respetuosos. Necesitamos enseñar a los estudiantes cómo comprometerse en relación con temas controvertidos; deben aprender cómo reconocer la retórica demagógica y cómo considerarla individualmente o institucionalmente.

Las instituciones democráticas bien diseñadas pueden reducir dramáticamente los efectos tóxicos del extremista retórico. Necesitamos apoyar las estructuras institucionales que animen a fortalecer la controversia respetuosa. Una menor división partidaria fomentaría una retórica democrática más representativa. Los debates bien estructurados y los *factcheck.org.blogs* pueden exponer la retórica extremista y extrema que hace engañosa y subversiva la búsqueda democrática del interés público.

Los ciudadanos democráticos no deberían esperar a los medios ni a los líderes políticos para reformarse a sí mismos. Todos los pluralistas –la mayoría de los ciudadanos democráticos– pueden jugar ahora un papel importante criticando la retórica extrema y extremista, y defendiendo la retórica menos demagógica del pluralismo moralmente comprometido. Podemos hacer las dos cosas apasionada y razonablemente manteniendo nuestro carácter de pluralistas comprometidos.

Esta persecución sin fin del interés público en la democracia no es una empresa cuyo valor sea neutral. Los ciudadanos pluralistas están comprometidos a mantener el espíritu de la democracia constitucional más allá de lo que nos pide hacer el texto de la ley. Debemos reconocer que demonizar y menospreciar a nuestros oponentes para movilizar gente que tiene la misma forma de pensar es legal, sin embargo es una manera demagógica de llevar a lo más bajo a la democracia constitucional.

La gracia que salva a la democracia es que la mayoría de los ciudadanos mantienen su reserva ante los demagogos y sus técnicas. Al reconocer que la persona con la que estamos en desacuerdo, lejos de ser “una puta ignorante”, tiene un argumento que merece considerarse, podemos trabajar juntos como compañeros ciudadanos que difieren respetuosamente entre ellos, para dar a nuestra gran democracia constitucional la oportunidad de una larga vida.

¹ Este ensayo fue adaptado a partir de conferencias impartidas en la Universidad de Pennsylvania, en la Universidad de Brown, en la Universidad de Illinois en Chicago, en el Centro Internacional para Académicos Woodrow Wilson. Agradezco a todos los asistentes y a Sigal Ben Porta, Sam Freeman, Jim Gradner, Rob Reich, Steve Steinberg y a Dennis Thompson por sus excelentes consejos.

² Agradezco al embajador Robert M. Beecroft por ayudarme a aclarar este punto.

³ Para recuentos coloridos y bien documentados de estas problemáticas (figurativa y, con frecuencia, literariamente) batallas al principio de la república estadounidense, véase: Richard N. Rosenfeld, *American Aurora: A democratic-republican returns: The suppressed history of our nation's beginnings and heroic newspaper that traed to report it*, Nueva York, St. Martin Press, 1997; y Jeffrey L. Pasley, “The tyranny of printers”; *Newspaper politics in the early American republic*, Charlottesville: University Press of Virginia, 2001).

⁴ Pat Buchanan se dirige a la Convención Nacional Republicana, 17 de agosto de 1992.

⁵ George Wallace, señalamiento inaugural, 14 de enero de 1963.

⁶ Mike Roselle en *Earth First Journal* (diciembre de 1994/enero de 1995).

⁷ Doris Kearns Goodwin, *Team of rivals: The political genius of Abraham Lincoln*, Nueva York, Simon & Schuster, 2005, pp. 14-15.

⁸ Barry Goldwater, discurso de aceptación en la Convención Nacional republicana, 16 de julio de 1964.

⁹ Morris Fiorina, *Culture War? The mith of a polarized America*, Nueva York, Pearson Longman, 2005; Alan Wolf, *One nation after all: What middle class Americans really thinck about god, Country, and Family, Racism, Welfare, Immigration, Homosexuality, Work, The Right, The Left, and Each Other* (Nueva York, Viking, 1998).

¹⁰ Richard Dawkins, “Is science a religion?”, *Humanist* 57 (enero/febrero de 1997).

* Aquí con la palabra incitar hay un juego intraducible en español con la palabra *fuel*, que también significa combustible. [N. del T.]

Traducción: Alicia García Bergua.

© *Daedalus*, otoño de 2007.